

En cada ejemplar de la colección
Cara y Cruz
el lector encontrará dos libros distintos
y complementarios

Si quiere leer

Colmillo blanco

de

Jack London

empiece por esta,
la sección «Cara» del libro

Si prefiere ahora conocer ensayos
sobre el texto y una cronología,
dele vuelta al libro y empiece por la tapa
opuesta, la sección «Cruz».

Colmillo blanco

London, Jack, 1876-1916

Colmillo blanco / Jack London ; traducción Pedro José Lama. —
2ª. ed. — Bogotá: Educactiva S. A. S., 2019.

262 p.; 21 cm. — (Colección cara y cruz)

Con: Jack London: vida y obra.

Título original : White fang.

ISBN 978-958-00-1025-8

1. Novela estadounidense 2. London, Jack, 1876-1916 - Crítica
e interpretación 3. Novela de aventuras 4. Animales - Novela 5.

Lobos - Novela I. Lama, Pedro José, tr. II. Jack London : vida y

Obra III. Tít. IV. Serie

813.5 cd 19 ed.

AHN6087

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis-Angel Arango

Título original: White Fang

© de esta edición

© 2010, Educactiva S. A. S.

Carrera 11A N.º 98-50 Ofic. 501. Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación
“N”/Norma/Carvajal ® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición, Educactiva S.A.S., 2010

Segunda edición, Educactiva S.A.S., 2019

Editor: Iván Hernández Arbeláez

Coordinadora de la colección: Ana Cristina Robledo Chee-Chong

Diseño de la colección: Catalina Mojica González

Diagramación: María Victoria Mora

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Imagen de cubierta: Estudio Pep Carrió

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

61087811

ISBN: 978-958-00-1025-8



Jack London

Colmillo blanco

TRADUCCIÓN
Pedro José Lama



www.normainfantilyjuvenil.com/co

CONTENIDO

I	El rastro de la carne.....	11
II	La loba.....	21
III	El aullido del hambre.....	33
IV	La batalla de los colmillos.....	47
V	La guarida.....	59
VI	El lobato gris.....	69
VII	El muro del mundo.....	75
VIII	La ley de la carne.....	87
IX	Los hacedores de fuego.....	95
X	El cautiverio.....	109
XI	El paria.....	119
XII	El rastro de los dioses.....	125
XIII	El pacto.....	131
XIV	La hambruna.....	141
XV	El enemigo de su especie.....	151
XVI	El dios loco.....	163
XVII	El reino del odio.....	173
XVIII	Las mandíbulas de la muerte.....	179
XIX	El indomable.....	193
XX	El amo del amor.....	201
XXI	El largo viaje.....	217
XXII	El país del sur.....	225
XXIII	Las posesiones del dios.....	233
XXIV	El llamado de la especie.....	245
XXV	El lobo dormido.....	253

I

EL RASTRO DE LA CARNE

Un sombrío bosque de abetos se ceñía a ambos lados del congelado río. Un viento reciente había despojado a los árboles de su blanca capa de escarcha, y parecían inclinarse unos hacia otros, negros y siniestros, a la luz del ocaso. Un vasto silencio reinaba sobre la tierra. Ella misma era toda desolación, sin vida, sin movimiento, tan solitaria y fría que su espíritu no era siquiera el de la melancolía. Había en ella indicios de una carcajada, de una carcajada más terrible que cualquier tristeza: tan amarga como la sonrisa de la esfinge, tan fría como el hielo y tan lúgubre como lo inexorable. Era la imperiosa e incommunicable sabiduría de la eternidad riéndose de lo inútil de la vida y de sus esfuerzos. Era la naturaleza, la salvaje naturaleza boreal de corazón helado.

Pero en esa tierra, desafiante, había vida. Por el congelado río avanzaba penosamente una reata de perros con aspecto lobuno. Su hirsuta pelambre estaba recubierta de escarcha. Su aliento se congelaba en el aire en cuanto salía de sus hocicos, brotando en espumas de vaho que, formando cristales de escarcha, se asentaban sobre los pelos de sus cuerpos. Los perros llevaban un arnés de cuero y las correas los sujetaban a un trineo que se arrastraba tras ellos con dificultad. El trineo no tenía patines. Estaba hecho de sólida corteza de abedul y la totalidad de su superficie descansaba sobre la nieve. La parte delantera del trineo se doblaba hacia arriba,

como un rollo de pergamino, para resistir la embestida de nieve blanda que se levantaba como una ola frente a él. Sobre el trineo, bien amarrada, había una larga y estrecha caja. Había también otras cosas: cobijas, un hacha, una cafetera y un sartén. Pero ocupando la mayor parte del espacio, prominente, se encontraba la caja oblonga.

Delante de los perros, calzado con anchas raquetas de nieve, avanzaba un hombre a tuestas. Detrás del trineo iba otro. En el trineo, dentro de la caja, yacía un tercer hombre, cuyos esfuerzos habían culminado, un hombre a quien la naturaleza había vencido y derrotado hasta que no volvió a moverse o a luchar. A la naturaleza no le gusta el movimiento. La vida es un insulto para ella, pues la vida es movimiento, y la naturaleza siempre se propone destruir lo que se mueve. Congela el agua para impedir que corra hacia el mar; arranca la savia de los árboles hasta helar sus poderosos corazones; pero de manera más terrible y feroz, la naturaleza ataca y destruye al hombre hasta someterlo; al hombre, que es el más inquieto de todos los seres vivos, que se rebela incluso contra el dictamen de que todo movimiento debe finalmente cesar.

Delante y detrás del trineo, indomables y sin dejarse atemorizar, avanzaban con esfuerzo los dos hombres que aún no estaban muertos, con sus cuerpos tapados con pieles y cueros ligeramente curtidos. Sus pestañas, mejillas y labios estaban tan cubiertos de cristales provenientes de su helada respiración, que sus rostros no se podían distinguir. Esto les daba la apariencia de máscaras fantasmales, sepultureros de un mundo espectral en los funerales de algún espíritu. Pero bajo todo eso, eran hombres que penetraban en la tierra de la desolación, la burla y el silencio, lastimosos aventureros doblegados por una empresa colosal, enfrentándose al poder de un mundo tan remoto, extraño y carente de vida como los abismos del espacio.

Proseguían su recorrido sin pronunciar una palabra, reservando su aliento para el esfuerzo físico. A su lado reinaba el silencio, oprimiéndolos con su tangible presencia. Este afectaba sus mentes como las diferentes atmósferas del agua profunda afectan el cuerpo del buzo. Los aplastaba con el peso de una inmensidad sin fin y de un decreto irrevocable. Los aplastaba hasta lo más recóndito de sus mentes, exprimiéndoles, como el jugo de la uva, todos los falsos ardores, las exaltaciones y la excesiva autoestimación del alma humana, hasta percibirse a ellos mismos como pequeñas manchas finitas, átomos que se movían con poca astucia y sabiduría entre el juego e interacción de las grandiosas y ciegas fuerzas elementales.

Pasó una hora y otra. La pálida luz de aquel día corto y sin sol comenzaba a desaparecer, cuando un débil y lejano grito se alzó en el silencio del aire. Se elevó con rapidez hasta alcanzar su nota más alta, en la que persistió, tensa y palpitante, para después apagarse lentamente. Podría haber sido un alma en pena que se lamentaba, si no fuera porque poseía cierta triste ferocidad y una hambrienta impaciencia. El hombre que iba adelante volvió la cabeza hasta encontrar los ojos del que estaba detrás. Y luego, por encima de la estrecha y larga caja, se hicieron un gesto de aprobación con la cabeza.

Se oyó un segundo grito, penetrando el silencio con la agudeza de una aguja. Los hombres localizaron el sonido. Provenía de algún punto en la extensión de nieve que acababan de atravesar. Hubo un tercer grito de respuesta, también detrás de ellos, pero a la izquierda del segundo grito.

—Nos siguen, Bill —dijo el hombre que iba adelante.

Su voz era ronca e irreal, y hablaba con patente esfuerzo.

—La carne escasea —respondió su compañero—. Hace días que no veo rastros de conejos.

Después no volvieron a hablar, pero sus oídos estaban atentos a los gritos de caza que seguían alzándose detrás de ellos.

En cuanto oscureció llevaron los perros a un bosque de abetos a la orilla del río y acamparon allí. El féretro, a un lado del fuego, servía de asiento y de mesa. Los perros lobo se agruparon lejos de la hoguera, gruñendo y peleándose entre ellos, pero no daban muestras de querer alejarse en la oscuridad.

—Henry, me parece raro que permanezcan tan cerca del campamento —comentó Bill.

Henry, agachándose sobre el fuego para poner la cafetera con un pedazo de hielo dentro, asintió con la cabeza. No habló hasta después de sentarse sobre el féretro y comenzar a comer.

—Saben dónde está seguro su pellejo —dijo—. Prefieren comer a ser la comida. Son muy inteligentes estos perros.

Bill negó con la cabeza y dijo:

—Pues, no sé.

Su compañero lo miró con curiosidad:

—Es la primera vez que te oigo decir que no son inteligentes.

—Henry —dijo el otro, masticando con toda calma los frijoles que estaba comiendo—. ¿Te fijaste cómo se alborotaron los perros cuando les estaba dando de comer?

—Es verdad que se excitaron más que de costumbre —reconoció Henry.

—¿Cuántos perros tenemos, Henry?

—Seis.

—Pues bien, Henry... —Bill se detuvo un momento para que sus palabras adquirieran mayor trascendencia—. Como te estaba diciendo, tenemos seis perros. Yo saqué seis pescados de la bolsa. Le di uno a cada perro y me faltó un pescado.

—Contaste mal.

—Tenemos seis perros —repitió el otro de modo desapasionado—. Saqué seis pescados. Una Oreja se quedó sin el suyo. Volví a la bolsa después y le di su pescado.

—Solo tenemos seis perros —dijo Henry.

—Henry —continuó Bill—, no digo que todos fueran perros, pero le di pescado a siete animales de esos.

Henry dejó de comer para echar una mirada a través del fuego y contar los perros.

—Ahora solo hay seis —dijo.

—Vi al otro salir corriendo a través de la nieve —afirmó Bill con categórica frialdad—. Vi siete.

Su compañero lo miró compasivamente, y dijo:

—Me alegraré muchísimo cuando este viaje termine.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Bill.

—Quiero decir que este cargamento nuestro te está sacando de quicio, y que estás empezando a imaginarte cosas.

—Eso creía yo —contestó Bill con gravedad—. Por eso, cuando salí corriendo, fui a mirar en la nieve y encontré sus huellas. Después conté los perros y había seis otra vez. Las huellas todavía están en la nieve. ¿Quieres verlas? Yo te las puedo mostrar.

Henry no respondió. Siguió masticando en silencio y una vez que terminó de comer, se tomó una última taza de café. Se limpió la boca con la mano y dijo:

—¿Entonces tu crees que era... —lo interrumpió un prolongado aullido, ferozmente triste, proveniente de algún lugar en la oscuridad. Se detuvo para escucharlo, luego terminó la frase señalando con la mano hacia el lugar de donde este provenía—: ...uno de ellos?

Bill asintió con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que pienso. Tú mismo te diste cuenta del alboroto que armaron los perros.

Un aullido tras otro, y los de respuesta, comenzaban a convertir el silencio en una algarabía espantosa. Provenían de todos lados, y los perros revelaban su miedo acurrucándose unos contra otros, tan cerca del fuego que el calor les chamuscaba el pelo. Bill echó más leña y luego encendió su pipa.

—Me parece que estás un poco bajo de moral —dijo Henry.

—Henry... —chupó pensativo su pipa antes de proseguir—. Henry, estaba pensando que él tiene mucha más suerte que tú y yo.

Señaló hacia abajo con el pulgar, refiriéndose a esa tercera persona que estaba en la caja sobre la que se encontraban sentados.

—Tú y yo, Henry, tendremos suerte si cuando estemos muertos ponen suficientes piedras sobre nuestros cadáveres para alejar a los perros.

—Pero nosotros no tenemos familia, ni dinero, ni ninguna otra cosa, como él —replicó Henry—. Nosotros no podemos pagarnos un funeral a larga distancia.

—Lo que no entiendo, Henry, es por qué un tipo como este, que en su país es un *lord* o algo así y que nunca tuvo que preocuparse por la comida o por las cobijas, viene a esta tierra abandonada de la mano de Dios, en el fin del mundo. Eso no lo puedo entender.

—Hubiera podido llegar a viejo si se queda en su casa —asintió Henry.

Bill abrió la boca para hablar, pero cambió de opinión. Señaló en dirección al muro de oscuridad que se cernía sobre ellos por todos lados. No se distinguía forma alguna en esa absoluta negrura; solo se podían ver un par de ojos que brillaban como ardientes carbones. Henry indicó con su cabeza un segundo par, y un tercero. Un círculo de ojos relucientes se había formado en torno del campamento. De vez en cuando un par de ojos se movía, o desaparecía para volver a aparecer poco después.

Los perros estaban cada vez más inquietos y, en un súbito arranque de miedo, corrieron en estampida hacia la hoguera, arrastrándose entre las piernas de los hombres. En la confusión, uno de los perros cayó al borde del fuego y aullaba de dolor y de miedo, a la vez que el aire se impregnaba con el olor de su pelo chamuscado. La conmoción hizo que el círculo de ojos se moviera nerviosamente por un momento e incluso que se retirara un poco, pero volvió a asentarse en cuanto los perros se tranquilizaron.

—Henry, es una maldita desgracia habernos quedado sin municiones.

Bill había terminado de fumar su pipa, y ayudaba a su compañero a hacer la cama de pieles y cobijas sobre las ramas de abetos que él había colocado en la nieve antes de la cena. Henry rezongó y comenzó a desamarrarse los mocasines.

—¿Cuántos cartuchos dices que nos quedan? —preguntó.

—Tres —fue la respuesta—. Y quisiera que fueran trescientos. ¡Entonces les mostraría para qué, a esos condenados!

Amenazó furioso con su puño a los ojos relucientes y puso sus mocasines frente al fuego.

—Y quisiera que esta ola de frío se acabara —prosiguió—. Ya hace dos semanas que estamos a cincuenta grados bajo cero. Y quisiera que nunca hubiéramos iniciado este viaje, Henry. Esto parece ser muy peligroso. No me siento bien. Y ya que estoy diciendo mis deseos, también quisiera que este viaje terminara, que estuviéramos en este mismo instante sentados frente a la hoguera del Fuerte McGurry jugando cartas. Eso es lo que quiero.

Henry se metió en la cama rezongando. Cuando comenzaba a quedarse dormido fue despertado por la voz de su compañero.

—Oye Henry, ese otro que vino y se llevó un pescado ... ¿por qué no lo atacaron los perros? Eso es lo que me inquieta.